

# CHARLES FOURIER (1772-1837) Y EL SOCIALISMO UTÓPICO; UNA MÍNIMA INTRODUCCIÓN

Ramon ALCOBERRO

Entre los pensadores que convencionalmente se denominan “socialistas utópicos” del siglo XIX (y a quienes sería mejor llamar “visionarios”), uno de los más interesantes fue Charles Fourier, autor de obras hoy muy olvidadas como *El nuevo mundo amoroso*, *El extravío de la razón*, *Teoría de los cuatro movimientos* o *Los cornudos*. Debemos a Fourier el primer análisis profundo de las consecuencias devastadoras del capitalismo en lo emocional y en la subjetividad humana.

Sin él no se entendería el papel de la sexualidad en la transformación de la sociedad y el significado de conceptos como “ayuda mutua” o solidaridad, que desarrolló más allá de su sentido económico. Su obra consiguió, sin embargo, poca influencia práctica; como todos los utopistas hay en ella un punto de profecía y de locura (en su obsesivo intento de clasificar todos los fenómenos sociales) y mucho de lucidez profunda en su comprensión de las sociedades como un espacio de conflicto que va mucho más allá de las contradicciones económicas y políticas.

La obra de Fourier ha vivido siempre al margen de la cultura oficial y aunque interesó mucho a Marx y Engels, lo hizo especialmente por su crítica al capitalismo, a la noción de civilización («indigencia, traición, opresión, carnicería») y al papel de la hipocresía social en el mantenimiento de las instituciones. Su importancia en la historia de las ideas reside en el análisis del «desorden social» que se esconde –y que permite comprender– la supuesta «civilización» que no consiste, en su opinión, en otra cosa que en la organización de la frustración social y en la herramienta de la sumisión al poder. Como en todos los utopistas, en hay en la obra de Fourier una teoría de la cooperación (a través de lo que denominó “falansterio”) y una denuncia de la explotación. También, como en todo pensador utópico, en el lenguaje de Fourier hay una gran capacidad de sátira y de ironía política.

Pero hoy nos interesa mucho más, en cambio, su análisis de lo pasional y su desacralización de la función de la familia como elemento constitutivo de la historia y de la racionalidad. Fourier es actualmente el pensador de la función social de las pasiones y quien primero comprendió el papel de la miseria emocional (y sexual) en la explotación y en la manera de enfocar la vida cotidiana de las gentes.

Para evitar confusiones, es importante entender el vocabulario que usa Fourier, no siempre muy obvio ni usado de forma estricta. Distinguir “deseo” de “pasión” es fundamental, pues ambos son términos casi técnicos. En Fourier el deseo es negativo porque siempre está insatisfecho, mientras que la pasión es positiva (aunque las iglesias la proscriban) porque permite establecer relaciones entre los humanos a través de la asociación de pasiones que se complementan.

Alguna vez se ha contrapuesto Fourier a Sade (un autor al que muy posiblemente leyó con provecho) porque ambos otorgaron un papel central al placer en un contexto de revolución política. Pero en primer lugar hay que decir que Fourier no es un pornógrafo, más bien, al contrario, resulta incluso excesivamente púdico (el acto sexual no se describe jamás). El erotismo le interesa, como es obvio, pero solo como herramienta para comprender la realidad social que tiene un aspecto esencial, pero voluntariamente oculto, en la sexualidad. Sade y él estarían de acuerdo en que la pasión rige el mundo, pero en Fourier el mecanismo pasional es la base de la construcción de una buena sociedad, porque cada pasión engendra su contra-pasión (y así las sociedades se construyen complementando las pasiones diversas en armonía), mientras que en Sade la pasión es la gran herramienta de la destrucción de las relaciones sociales.

En su mundo pasional, no hay lugar para la noción de pecado. Según Fourier resulta imprescindible escapar a la noción de pecado en sentido teológico, para entender que el pecado es histórico («*El verdadero pecado original fue la presión del primer esclavo, porque se perpetuó de manera que los hijos de los esclavos fueron también esclavos*».) Para ser feliz hay que abandonar la filosofía moral que incita a la represión y ensalza la mediocridad («[el orden civilizado] *en la medida en que la moderación y la verdad es incompatible con la razón*», dice en *La armonía pasional del nuevo mundo*, - Epílogo sobre el abandono de la filosofía moral).

«La moral se engaña torpemente si cree existir por sí sola. Evidentemente es superflua e impotente en el mecanismo social, pues bastan la política y la religión para determinar lo que es conveniente en el orden establecido, respeto a todas las cuestiones que componen su dominio, como el hurto, el adulterio, etc. En cuanto a las reformas que deben emprenderse en las costumbres, si la política y la religión fracasan en la empresa, el fracaso de la moral será todavía más rotundo.» La armonía pasional del nuevo mundo, - Epílogo sobre el abandono de la filosofía moral). – (*La armonía pasional del nuevo mundo*, - Epílogo sobre el abandono de la filosofía moral). Nada, pues, de moralismo, sino una decidida y lúcida exaltación de la pasión, que, a través, de las contradicciones, muestra también el camino de la ayuda mutua.

No habrá liberación de los humanos sin escapar previamente a la hipnosis del pasado y sin transformar las relaciones de explotación en ayuda mutua. Fourier fue un auténtico visionario al proponer que el elemento erótico formaba parte inevitable de la liberación humana. Entendió, además que las pasiones pueden estar sujetas a cálculo y contribuir decisivamente a la liberación humana. No pretendió «*cambiar las pasiones*», y mucho menos hacerlas útiles, o ponerlas a trabajar, como intentó Bentham, sino darles una vía de escape, metamorfosearlas y convertirlas en fuente de placer y de autoreconocimiento. «*Veinte siglos de imbecilidad política*» provienen de que los políticos (y los economistas que les seguirán, según adivinó Fourier), quisieron «*reprimir, corregir y moderar*» las pasiones, en vez de integrarlas en un proyecto político.

Las pasiones (en las que creyó descubrir relaciones idénticas a las matemáticas) son la herramienta básica de la historia y su adecuado manejo es imprescindible para la libertad entendida como «*armonía pasional*». La relación de implicación mutua que Fourier estableció entre la transformación de las relaciones sociales y la abolición de las formas esclavizadoras de la sumisión sexual es un tema que mantiene hoy todo su interés.

Fourier propugna un tipo de sociedad que denominó «la Armonía», que implicaría una transformación radical de las relaciones emocionales / pasionales de los humanos entre sí. En sus mismas palabras: «*La Armonía innovará bruscamente sobre las costumbres de ambición, de economía doméstica, e industrial, pero solo procederá por grados sobre las*

*innovaciones religiosas y morales que golpearían las conciencias*». En el ámbito sexual, por ejemplo, Fourier distingue tres sexos: masculino, femenino e inmaduro (que corresponde a las personas castas); pues bien, a partir de los dieciséis años – y no antes porque distraería a los jóvenes del trabajo– hay absoluta libertad en el disfrute del cuerpo e incluso sexo compasivo hacia las personas muy ancianas o poco agraciadas, porque Fourier da por supuesto que en la absoluta libertad, los individuos por sí mismos buscarían la complementariedad natural. La sociedad nunca podría ser armoniosa si los individuos no gozan libremente de sus pasiones.

En la transformación social que propugna Fourier no hay lugar para la violencia supuestamente revolucionaria, pero se requiere la iniciativa individual y se aborrece el colectivismo estatista. Propone, por ejemplo, que en Armonía el trabajo se reparta en tres partes desiguales y proporcionales, según el capital, el trabajo y el talento. Lo que pretende es, nada menos, que refundar el mundo. Eso significa «*Un problema espantoso - effrayant*», el de situar y valorar a los individuos en una sociedad industrial, que sea a la vez creativa. Una educación activa que no «*desnaturalice los gérmenes*» en cada niño y una estructura social (el célebre «*falansterio*» de entre 1500 y 2000 personas) son herramientas para la construcción de Armonía.

Los falansterios o falanges (que él nunca llegó a ver realizados, aunque se crearon algunos en Rumanía y en Estados Unidos) son pequeñas agrupaciones urbanas en que se asocian 810 caracteres diferentes en ambos sexos (es decir 1620 personas), donde la gente se organizaría por grupos de amistad, ambición, amor y familiarismo, en lo que él denominó un «*uniteismo multiforme*.» El trabajo creativo que propugna, incluye incluso «*damas floristas cultivando malvas y dalias*», sin que separe nunca el trabajo del juego.

Se podría aplicar a Fourier lo que Marx comentó en «J. Paichet y el suicidio»: «*La crítica francesa de la sociedad posee, en parte al menos, la gran ventaja de que muestra las contradicciones y las deformaciones de la vida moderna no solo en las relaciones entre las distintas clases, sino en todas las esferas de la sociedad contemporánea, y lo hace con imágenes brillantes y vivas, con sentido de la vida, con amplitud de horizontes y con una atrevida originalidad*».

Evidentemente, Fourier fue un anticapitalista (aunque acepta la existencia del comercio y de la pequeña empresa). Como dice Emile Lehouck, en *Fourier o la armonía y el caos*: «se niega a admitir una libertad que no aprovecha más que al vendedor y que no ofrece ninguna garantía al comprador». Pero no en todas las circunstancias fue partidario del socialismo y, de hecho, sus falansterios eran algo muy parecido a lo que hoy denominamos cooperativas. Incluso le parece que la expresión “ganarse la vida” es de por sí insultante porque el trabajo también puede ser una forma de placer cuando es creador. Jamás fue partidario –dice Lehouck– de la igualdad absoluta («veneno político»), sino de algo mucho más interesante: la complementariedad de individuos que reconoce como diferentes y capaces de enriquecerse y de crecer emocionalmente desde su diferencia. Terminar con la explotación del hombre por el hombre no significa hacer todos los humanos iguales, sino hacerlos complementarios.

Lo significativo es que Fourier entendió que la explotación no es algo que solo suceda en el ámbito de la economía, sino que se extiende a todas las relaciones sociales (y muy particularmente a la dimensión sexual y al deseo). La discordia general, que se expresa como “civilización” y que convierte en «*groseros a los pobres, mezquinos a los burgueses y refinados a los ricos*», es la consecuencia de la falta de educación y del industrialismo, que nos convierte en individuos ruines. Civilización es en Fourier una horrible palabra que designa el nivel de nuestra triste vida, cuando solo se puede disimular, gozar en secreto y protestar sin ninguna esperanza de transformar las cosas. La civilización es el triunfo de la insensatez, del trabajo sin placer.

En realidad a Fourier (que en eso está en las antípodas de Marx), le interesa mucho más la distribución de la riqueza que su producción. Es en la distribución donde se producen los problemas políticos y morales fundamentales del sistema capitalista y donde se muestra la falta de reconocimiento que sufren los más débiles. Los «*políticos farsantes*» y la «*falta de sentimientos de justicia hacia las mujeres y los asalariados*» (*El extravío de la razón*) son determinantes de la miseria moral en mayor grado que el sistema económico.

Como sucede con la mayor parte de los socialistas utópicos, Fourier confiaba más en los técnicos que en los políticos, y más en la ingeniería social que en la revolución, entre otras cosas porque detestaba la violencia.

*«La política no ha inventado nunca nada para la felicidad de los pueblos, ni para los modernos ni para los antiguos. Tanto en Atenas como en París, la mendicidad, sitiando la entrada de los palacios demostró siempre la inutilidad de vuestras ciencias sociales y la reprobación de vuestras leyes por la naturaleza»*, como se lee en *El extravío de la razón*.

Para realizar Armonía es preciso construir el falansterio, una nueva agrupación humana que se elabora teniendo en cuenta las necesidades emocionales humanas y no la necesidad de fuerza de trabajo para las fábricas. El trabajo debería poder llevarse a cabo *«sin depender de un superior injusto y sin tener que mezclarse con gentes cuya naturaleza le repugna»* (*El extravío de la razón*, p.81), cosa a la que incluso tienen derecho los salvajes y las fieras salvajes, pero no los supuestos civilizados.

El falansterio no es ninguna propuesta “antisistema” sino todo lo contrario, está integrada en el sistema, solicita inversores y les retribuye con dividendos que, según Fourier, serían iguales o superiores a los de cualquier sociedad anónima. La sociedad del Fourier trabaja, pero su vida no depende del trabajo *«odioso»*, ni acepta la distinción entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio (ni entre vida privada y vida pública). Son las inclinaciones y las aficiones de cada cual las que determinan el trabajo que realiza y no al revés. De esta manera, como dicen Carlos Sánchez-Casas y Felipe Guerra en su opúsculo *«Fourier, ¿socialista utópico?»* (Bilbao, 1973), *«la ley del esfuerzo vendría substituida por la de “atracción pasional”»*.

La crítica fourierista no se dirige al progreso sino a la «civilización», es decir a la perversa hipótesis de que debe separarse el progreso del goce, en una organización social de competitividad brutal que destruye los vínculos humanos y produce desorden afectivo y miseria emocional por su propia ineficacia económica. Como escribió en *El Falansterio*: *«La industria civilizada no puede crear, lo repito, la dicha, sino los elementos para ella; y queda demostrado que el exceso de industria arrastra a la civilización a las mayores desgracias, sino se acierta a descubrir los medios del progreso real en la escala social»*. Armonía y el falansterio no terminarán de golpe con los vicios humanos pero permitirán comprenderlos en su complejidad y pondrán las bases de su superación. La crítica de la civilización, más allá de la sola crítica a la economía, es lo más valioso de la obra de Fourier que, por lo demás, como sucede con todos los llamados socialistas utópicos, se lee a veces con dificultad tanto por su vocabulario muy retórico, como por su

morosa consideración de los más mínimos detalles de adorno en su compleja construcción social.

Fourier entendió que en las sociedades la armonía solo puede ser «pasional», es decir, basada en vínculos emocionales (y en un uso gozoso de la sexualidad), en forma de unidad de contrastes. Es a través de la afirmación del elemento pasional como se puede llegar a la liberación social, y no al revés. Sin entender el papel de la pasión la política no llegará demasiado lejos o construirá solo una racionalización interesada (e ineficaz) de intereses cuya profunda realidad es opresiva y fuente de autoengaño. El estudio de las pasiones como procesos y proyectos políticos es tal vez lo más significativo del legado histórico de Fourier.

### **Bibliografía:**

Mario Vargas Llosa: *Charles Fourier (1772-1837)*, publicado en *Letras Libres* y disponible en la red.

Emile Lehouck: *Fourier o la armonía y el caos*. Barcelona: Las Ediciones Liberales – Editorial Labor, 1973 (edición original francesa, París: Dënoel, 1966)

Carlos Sánchez-Casas, Felipe Guerra: *Fourier, socialista utópico*. Bilbao: Zero S.A., 1973.

Francisco Fernández- Buey: «Charles Fourier y los elementos positivos de la utopía», prólogo al libro de Fourier: *El extravío de la razón*. Barcelona: Grijalbo, 1974.

Eduardo Subirats – Menene Gras: «La voluptuosidad subversiva», prólogo al libro de Fourier: *La armonía pasional del nuevo mundo*. Madrid: Turus, 1973. Este texto, publicado en época franquista, tiene la peculiaridad de dejar en blanco los textos censurados.

[http://classiques.uqac.ca/classiques/fourier\\_charles/nouveau\\_monde\\_a\\_moureux/fourier\\_nouveau\\_monde\\_amoureux.pdf](http://classiques.uqac.ca/classiques/fourier_charles/nouveau_monde_a_moureux/fourier_nouveau_monde_amoureux.pdf)